

## ESPERANDO EL RESULTADO...



- ***D**octor, necesito pedirle un favor... ¿Me atiende a la madre de una amiga mía, que no es afiliada y no le corresponde hacerse atender acá...? Pero ¿me haría el "favorcito", doc...? - me insiste Irma, la otrora bella Supervisora de enfermeras, entre sonrisas y mohines con sus ojos, resabio de conductas aprendidas en su juventud y que debieron entonces, darle buenos resultados.*

Estoy "tapado de trabajo", pero accedo. Al médico bueno, se lo termina llevando hasta su nivel de ineficiencia, atiborrándolo con más y más tareas. Pero bueno, después de todo me han enseñado que "hoy por ti y mañana, por mí..."

Una semana después, sigo tan atiborrado o más, que antes. Recibo en la sala de internación, la radiografía de un paciente y como Irma estaba cerca, le pido por favor que la perfore, para así guardarla prolijamente en la carpeta de su historia clínica.

- *Eso de perforar una placa, no me corresponde a mí realizarlo... estoy cansada de hacer cosas que no me corresponden - me responde ofuscada y poniéndose tensa, la Supervisora Irma.*

La mire de arriba abajo a Irma y por toda respuesta, me puse de pie y tomé la primer tijera que encontré sobre una mesada, procurando hacerle yo mismo los agujeros a la placa radiográfica. Por supuesto que por dentro, maldecía la desidia y el reglamentarismo a ultranza, sobre todo en alguien que unos días antes, me había pedido que no cumpliera con esos mismos reglamentos y me había rogado, para que atendiese a la madre de su mejor amiga. Lo de siempre: cuando al médico se lo necesita, es un Dios. Pero cuando el enfermo se recupera, ese mismo médico es un estorbo...

Tome la placa en mi mano izquierda y con la tijera abierta en la otra, haciendo punta con uno de sus extremos, comencé a girarla y girarla, repetidas veces. El material era demasiado duro y no se dejaba perforar. Aumente mi fuerza y con un seco "crack", la tijera traspasó de lado a lado a la difícil radiografía... aunque el puntiagudo extremo siguió de largo hasta clavarse bien profundo, en el carnoso pulpejo de mi pobre dedo índice.

La sangre comenzó a manar y no podía pararla. Un pequeño enchastre del escarlata flujo, se esparció por el *office* de enfermería. Lavé y desinfecté prolijamente a la herida. Solo me

preocupaba vendarme bien el dedo, para así concluir con mi trabajo y marcharme hacia mi casa...

- *¿Con esa tijera fue con la que se clavo en el dedo, doctor?* - me preguntó una enfermera que regresaba de administrar medicamentos, mientras se tapaba la boca.
- *Sí... ¿Por qué?* - le respondí, mirándola fijamente a sus ojos y empezando a preocuparme.
- *Porque a esa tijera la estuve utilizando con el enfermo de la cama siete, el que tiene Sida... Corté gasas que estaban manchadas con la sangre del paciente...* - me respondió asustada, intentando disculparse por su negligencia de dejar abandonado un instrumental contaminado.

En la soledad de la capilla del hospital, la angustia me mordía en el estómago y tensaba los músculos de mi adolorido cuello. ¿Me habría contagiado? Mi cabeza se negaba a pensar en otra cosa. A pesar de que la epidemia de Sida llevaba siete años, el mito y la fantasía reemplazaban a los conocimientos científicos que aun nos faltaban. En Sida, eran más las preguntas que las respuestas...

Tuve que hacerme todos los análisis y mi vida, saltó por el aire. Se transmutó en una única pregunta: *¿Daré positivo?... positivo o negativo... positivo o negativo... viviré o no viviré...* Paradojas. Paradojas que nos depara el inefable e imprevisible destino. De ser un prestigioso y reconocido médico, el destino me colgó el rotulo de leproso del siglo XX: *¿A mí...? Sí, a mí.* Corría el riesgo de haberme contagiado con el mortal virus del Sida...

Mi vida descendió por un tobogán, hasta los mismos tugurios del infierno. A cada rato, se me cruzaban imágenes del dolor y del sufrimiento, de las nauseas y los vómitos... de la intolerancia a los medicamentos, de los problemas pulmonares, de los análisis de todo tipo, de la muerte dolorosa y lenta, de muchos enfermos con Sida que yo había tratado. Eran puras fantasías, etéreas imaginaciones y por tanto, absolutamente reales, que luego de patear y masacrarme sin piedad en las neuronas, bajaban como tormentosos relámpagos hasta mi vulnerable estómago y lo contraían, retorcían, aliviándose tan solo con intensos e interminables vómitos, que me dejaban agotado... maldiciendo haber nacido.

Los días pasaban y el personal del hospital me miraba con una mezcla extraña de piedad y repugnancia. Incluso yo detectaba las miradas veladamente sangrientas de algunas medicas colegas, que siempre habían ansiado mi puesto como Jefe de Servicio. Resultaban demasiado evidentes y fáciles de detectar, para mi experimentado olfato de viejo integrante de aquella venerable fauna humana, de los zoológicos hospitalarios. Sucede que el campo de la internación en Clínica Médica, es demasiado pequeño y las oportunidades de ser Jefe, son demasiado pocas... y por ende la pelea, es a todo o nada. Una lucha feroz y silenciosa entre colegas, entre buitres que esperan que el otro pronto desfallezca en su carrera, que quede rápidamente tendido en el árido desierto.

Pronto extrañe el mate que venían a compartir conmigo las mucamas, a las cuatro de la tarde. En esa hora que se me representaba cuadrada, cuando la modorra se me subía a la cabeza como en una lenta marea, el mate y la compañía de estas señoras tan sencillas, eran un bálsamo para mi cansado cuerpo y un descanso para mi cerebro, en pie desde las cinco

de la mañana, hora en que arrancaba mi rutina diaria. Y lo que más duele en estos dramas... son precisamente las ausencias.

Por las noches me levantaba preocupado y la duda era un infinito eterno, que seguía martillando y martillando entre mis sienes... En la oscuridad de las frías noches, las imágenes oníricas me parecían cada vez más patéticas y mórbidas... Ni siquiera cuando me levantaba a orinar, podía dejar de preguntarme obsesivamente, si acaso estaría eliminando algo del horripilante virus... y solo me respondía el flujo acuoso que caía en el inodoro, resonando como una cascada en el silencio indiferente de la noche.

En el fondo, estos dramas terminan ahondando en lo que realmente somos y es imposible, no transformarse en un filósofo... Como no pensar y meditar, en lo frágil que es la vida. Hasta se cuestiona una y mil veces, si no habrá en nuestro inconsciente un intento larvado de suicidio, un pequeño monstruo potencial que duerme agazapado y que ahora se despierta, se materializa y empezamos a tenerle miedo, mucho miedo de enfrentarlo. Creo haberle entendido eso al psiquiatra, cuando me dijo que detrás de cada accidente, hay una personalidad enferma, neurótica, que busca autodestruirse...

Mi esposa, siempre fue el agua que se adaptó al vaso de mi forma de ser, en una abnegación que me parecía el paradigma mayor, de la entrega amorosa por el otro. Pero hoy, ella también está muy triste y preocupada. Acepta que tengamos relaciones, pero solo utilizando doble preservativo. Y cuando lo hacemos, siento que está tensa, fría y muy distante... Es la pálida sombra de aquella fogosa amante que yo conocía... Charlamos, charlamos y charlamos, luego de hacerlo... Y luego de un rato, se llena de valor, junta fuerzas y me dice:

*- Es que tenemos hijos... No podemos darnos el lujo, de faltarles los dos padres...*

Me quedo en silencio. Me acuesto y una traicionera lágrima, brota lentamente de mis ojos. Quizás en mis sueños inmaduros, debo haber imaginado que ella - mi esposa, mi amiga, mi amante, mi madre, mi compinche, mi vida... -, en casos como el que estoy viviendo, me diría que preferiría morir conmigo... pero la cruda realidad es otra. Y aunque no sea bella ni romántica, ella tiene toda la razón. No podríamos darnos el lujo, de morir los dos y dejar solos, desamparados, a nuestros pequeños hijos. Tiene mucha razón... pero igual me siento solo, muy solo. Demasiado solo... Y cada vez más solo. Rechazado por todos.

En mi fría cama y mientras todos duermen, entrecierro los ojos y contemplo asustado, unas sombras caprichosas que encaramándose al techo y las paredes, recorren burlescamente mis entrañas. Una sirena de ambulancia se escucha muy lejana y un desagradable escalofrío me recorre el cuerpo, cuando imagino que puede ser un enfermo de Sida, que es llevado a esa hora en emergencia... Conozco demasiado de Sida y de enfermos... Demasiado. Y cuando cierro los ojos, el terror se apodera como una fiera hambrienta, de mi cabeza y hasta de mis cansados huesos, pues recuerdo vividamente, las proféticas palabras de aquella orientadora vocacional, en mi lejana escuela secundaria: *- te sugiero que sigas Ciencias Exactas, porque Medicina... me parece que no es para tu personalidad. No tienes el perfil... ¿Tendría que haberle hecho caso...?*

El infectólogo me explica y explica, habla y habla de porcentajes, de números y de resultados publicados... le respondo que si, le hago creer que entiendo todo... pero en realidad no le entiendo nada, ni me importa no entenderlo, pues lo único que anhelo es que se compadezca de mi y que deje de tratarme, como a un colega médico. Quiero dejar de ser un médico y quiero que me trate como a un paciente más...

El infectólogo se enamora de su propio discurso y sigue, sigue hablando, en una hemorragia de palabras que me desangra el alma... Las palabras de él, son para mí un estúpido cascajo sin sentido, que golpean mis oídos pero sin transmitirle nada. Solo soy un pobre tipo que quisiera ponerse a llorar sobre el hombro de alguien, rogando que me escuche... o que quiere ver a su madre, para que le diga con una caricia "*pobrecito, no es nada, no te va a pasar nada*"...

Pero el verborrágico galeno no para... hasta que cansado, interrumpido a cada rato por llamadas telefónicas, me da un alivante respiro y le permite a mi compleja ensalada de pensamientos e ideas, reorganizarse poco a poco. ¿Positivo o negativo...? ¿Negativo o positivo?

Reingresa luego de atender otros asuntos, por enésima vez al consultorio donde estoy sentado, aguardando tan inmóvil como una abandonada bolsa de papas. Y en la última entrada, por algún toque de magia en mi cerebro, le entiendo perfectamente aquello que me dice: - *Mire colega, el método de Elisa le dio positivo, pero es un estudio que tiene un cierto margen de error, así que ahora faltaría que se haga el análisis más específico, el de Western Blot. Si ese da positivo, recién entonces se puede decir que usted esta infectado.*

- *¿O sea que me queda una esperanza?*- le pregunto, escuchando a mis propias palabras como encerradas en un largo túnel.
- *Si, así es...*

A los diez días, la empleada del laboratorio me entrega con absoluta indiferencia el sobre con el resultado del análisis definitivo. Fueron doscientos cuarenta horas de nauseabundos sentimientos, esperando el resultado del bendito Western Blot. Catorce mil cuatrocientos cuarenta minutos, de oscura y negra cobardía, enfrentado a mis miserias humanas más profundas. Ochocientos sesenta y cuatro mil segundos, que como gotas de agua, una a una horadaron mi vida, mi futuro, mis sueños, mis proyectos... mi yo.

Lo más importante y trascendente de mi vida, para ella - la empleada anónima del ignoto laboratorio - es nada, o es como si me entregara un vulgar alfajor o un descartable envase de gaseosa, mientras me atiende en un kiosco al paso, de cualquier avenida, de cualquier ciudad. Es increíble como los enormes problemas de los demás, resultan nimios para cada uno de nosotros, cuando solo estamos en el rol de observadores... Pero hay algo de violento y de sucio en mi interior, que bulle y que no la quiere perdonar, aunque en ella, el único delito que le podría imputar, es que me trató demasiado correcta y amablemente, pero como a uno más... No lo puedo soportar... y es el supremo momento, en que debo esforzarme por controlar mis impetuosos brazos y por no tomarla del cuello y estrujarla con todas mis fuerzas, entre mis tembloroso dedos. ¿Acaso me estaré volviendo loco?

Me acerco hasta un apartado y oscuro rincón del hall de entrada, del coqueto laboratorio de análisis clínicos. Unas plantas crecidas en un elegante masetero, me ocultan bastante de las miradas indiscretas que quiero evitar. Siento vergüenza y quisiera que nadie, absolutamente nadie, me estuviese mirando... Temblando, sudando, sintiendo el mundo y el tiempo reducidos a ese dramático y único instante, siento que el futuro se me juega a cara o cruz... cara o cruz... negativo o positivo...

La solapa del sobre se desprende y aparece el papel que esconde el veredicto... Imagino que me siento igual que como se sentían aquellos gladiadores que iban a batirse a muerte, en el sanguinario coliseo romano de la historia... Y sigo. Abro con enorme dificultad la boca del sobre del laboratorio y miro hasta en sus últimos rincones, buscando que no quede algún otro papel adentro... Respiro hondo, trago saliva y despliego el papel que esta doblado en tres partes... Están escritos mi nombre, mi obra social, la fecha y en unas grandes letras azules, de rigurosa imprenta, sobre un fondo blanco mate, aparece ante mis cansados y confundidos ojos, el ansiado resultado, escrito por una rigurosa y perfecta computadora...

Por fin la sólida certeza, reemplazando a la angustiante duda.

Por fin la sólida certeza.

Por fin.

